

Un amor eterno, un destino oscuro...

Renacer

CLAUDIA GRAY



CLAUDIA GRAY

Renacer


montena

www.megustaleer.com

(c) Random House Mondadori, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Afterlife*

Publicado por acuerdo con HarperCollins Children's Books, una división de HarperCollins Publishers

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori / Judith Sendra

Imagen de la portada © Thinkstock / Getty

Primera edición: abril de 2011

© 2011, Amy Vincent

© 2011, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Marta Mabres Vicens, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-8441-715-6

Depósito legal: NA-563-2011

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso y encuadernado en Rodesa

Pol. Ind. San Miguel

Parcela E-7 y E-8

31132 Villatuerta

GT 1 7 1 5 6

Capítulo uno

—**P**ronto amanecerá —dijo Balthazar.
Eran las primeras palabras que alguien pronunciaba en horas. Aunque no me interesara en absoluto escuchar nada de lo que Balthazar tuviera que decir, sobre eso o sobre cualquier otra cosa, sabía que tenía razón. Los vampiros percibían siempre la proximidad del alba en los huesos.

¿Y Lucas, lo percibiría también?

Nos encontrábamos sentados en la sala de proyecciones de un cine abandonado cuyas paredes, cubiertas de carteles, mostraban aún las señales de la batalla de la noche anterior. Vic, el único humano, dormitaba apoyado en el hombro de Ranulf, con el pelo rubio despeinado por el sueño; Ranulf permanecía tranquilamente sentado, con el hacha manchada de sangre en el regazo, como a la espera de un peligro inminente. Su rostro alargado y fino y el corte de pelo redondeado le daba más que nunca un aire de santo medieval. Balthazar permanecía de pie en el rincón más alejado de la sala, guardando las distancias por respeto a mi dolor. Con todo, su altura y sus amplias espaldas dejaban entrever que ocupaba mucho más espacio de lo que parecía.

Yo sostenía la cabeza de Lucas en mi regazo. De haber estado viva, o de haber sido vampiro, me habría sentido agarrotada después de tantas horas inmóvil. Sin embargo, al ser un espectro, era ajena a las exigencias del cuerpo físico y había podido permanecer en esa postura durante toda la larga noche de su muerte. Me eché hacia atrás la larga cabellera pelirroja, intentando no fijarme en que las puntas de mi pelo habían dejado un surco en la sangre de Lucas.

Charity lo había matado ante mis ojos aprovechándose del anhelo de Lucas de protegerme a mí y no tanto a sí mismo. Había sido el último y el más horrible intento por parte de Charity de hacerme daño, llevada por su odio a cualquiera que fuera importante para Balthazar, su hermano y mentor. Al morder a alguien que ya había sido mordido por otro vampiro, esto es, que ya estaba preparado para su transformación de vivo a no muerto, Charity había violado una regla de los vampiros. Se suponía que yo era la única que podía transformar a Lucas. Pero hacía tiempo que a Charity las reglas la traían sin cuidado. No le preocupaba nadie ni nada que no fuera su malsana relación con Balthazar.

Dondequiera que estuviera, ahora se estaría regocijando por haberme roto el corazón y haber arrojado a Lucas al último lugar en el que habría querido estar.

«Antes muerto», decía siempre Lucas. Cuando yo aún estaba viva y era más inocente, había soñado que él se convertía en vampiro conmigo. Sin embargo, Lucas había sido criado por cazadores de la Cruz Negra, los cuales despreciaban a los no muertos y los acosaban con el encono de una secta. Convertirse en vampiro había sido siempre su pesadilla más atroz.

Y ahora, se había vuelto realidad.

—¿Cuánto falta? —pregunté.

—Unos minutos.

Balthazar dio un paso al frente, pero se detuvo al ver la expresión en mi cara.

—Vic debería irse.

—¿Qué pasa?

Vic tenía la voz ronca por el sueño. Se incorporó y su semblante pasó de la confusión al horror cuando vio el cuerpo de Lucas en el suelo, ensangrentado y pálido.

—¡Oh! Por un segundo creí que solo había sido una pesadilla o algo parecido. Pero es cierto.

Balthazar sacudió la cabeza.

—Lo siento, Vic, pero tienes que marcharte.

Yo sabía a qué se refería Balthazar. Mis padres, que siempre habían querido que siguiera sus pasos, me habían hablado de las primeras horas de la transición. Cuando Lucas se despertara convertido en vampiro, querría sangre fresca, la querría de forma desesperada, y tanta como pudiera conseguir. En el frenesí del despertar, su sed podría llegar a apartar cualquier otro pensamiento de su mente.

Tendría un hambre capaz de impulsarlo a matar.

Vic no lo sabía.

—Vamos, Balthazar. He llegado hasta aquí, tío. No quiero dejar colgado a Lucas ahora.

—Balthazar tiene razón —dijo Ranulf—. Lo más seguro es que te marches.

—¿Qué quieres decir con lo de «más seguro»?

—Vic, vete —dije. No me gustaba la idea de alejarlo de nosotros, pero, como no parecía capaz de comprender lo que ocurría, me vi

obligada a emplear una dosis de cruda realidad—. Si quieres sobrevivir, márchate.

Vic palideció.

Balthazar, más suavemente, añadió:

—Este no es un buen lugar para un ser viviente. Esto es cosa de muertos.

Vic se pasó las manos por el pelo enmarañado, hizo un gesto con la cabeza hacia Ranulf y salió de la sala. Seguramente se iría a su casa e intentaría hacer algo útil, como limpiar o preparar una comida que nadie más se podría comer. En ese momento, las cuestiones humanas parecían muy lejanas.

En cuanto se hubo marchado, pude decir en voz alta algo que me rondaba por la cabeza desde hacía horas.

—¿Deberíamos...? —La garganta se me cerró y tuve que tragar saliva con fuerza—. ¿Deberíamos permitir que esto ocurra?

—Crees que deberíamos destruir a Lucas.

Dicho por cualquier otra persona, oír algo así me habría resultado insoportable, pero en boca de Ranulf no era más que la constatación de un hecho. Y añadió:

—Piensas que deberíamos impedir que se despierte como vampiro y aceptar su muerte definitiva.

—No quiero hacerlo. No sabría deciros lo poco que deseo algo así —repuse. Me parecía que cada palabra que pronunciaba era sangre exprimida de mi corazón—. Pero sé que eso es lo que Lucas quería.

¿Acaso amar a alguien no significaba anteponer los deseos de esa persona, aunque fuera en algo tan terrible como aquello?

Balthazar negó con la cabeza.

—No lo hagas.

—Pareces muy seguro.

Intenté hablar con tono tranquilo. Sin embargo, me sentía tan furiosa con él que apenas podía mirarle a la cara; él se había llevado a Lucas a luchar contra Charity a pesar de que sabía que estaba transido de dolor y que era incapaz de pelear bien. Me parecía tan culpable como ella de la muerte de Lucas.

—¿Me estás diciendo solo lo que me gustaría oír?

Balthazar frunció el entrecejo.

—¿Cuándo he hecho yo algo parecido? Bianca, escúchame. Si el día antes de convertirme en vampiro me hubieras preguntado si quería ser un no muerto, te habría dicho que no.

—Y si pudieras aún lo dirías. De poder retroceder en el tiempo, ¿no lo harías? —quise saber.

Aquello lo pilló desprevenido.

—No se trata solo de mí. Piensa en tus padres, en Patrice, en Rannulf, en los otros vampiros a los que conoces. ¿De verdad estarían mejor pudriéndose en sus tumbas?

Muchos vampiros estaban bien, ¿no? Era el caso de la mayoría de los que yo conocía. Mis padres habían vivido siglos de felicidad y de amor juntos. Y quizá Lucas y yo también habríamos podido compartir eso. Yo sabía que él odiaba la idea de ser vampiro, pero apenas dos años atrás él había detestado a todos los vampiros basándose en prejuicios ciegos e irracionales. Había cambiado mucho y muy rápido; seguramente llegaría a aceptarse a sí mismo con el tiempo.

Merecía la pena intentarlo. Tenía que ser así. Todo en mi corazón me decía que Lucas merecía otra oportunidad, que nosotros merecíamos la esperanza de poder estar juntos.

Recorrí con el dedo el rostro de Lucas: su frente, sus mejillas y el perfil de sus labios. La pesadez y la palidez de su cuerpo me recordaron una talla de sepultura, algo fijo, sin vida, inmutable.

—Está cerca —dijo Balthazar—. Ha llegado el momento.

—Yo también lo noto —dijo Ranulf—. Bianca, deberías alejarte.

—No pienso apartarme de él.

—En ese caso, estate preparada por si tienes que retirarte. —Balthazar cambió el peso de un pie al otro para estabilizar su postura, como un luchador preparándose para el combate.

«Todo irá bien, Lucas», pensé, esperando que él me oyera más allá de la división entre este mundo y el otro. ¿Acaso no estaba a punto de cruzar esa frontera para volver conmigo? Tal vez estábamos lo bastante cerca para que me oyera. «Estamos muertos, pero aún podemos estar juntos. No hay nada más importante que esto. Somos más fuertes que la muerte. Ahora nada se interpondrá entre nosotros. No tendremos que volver a separarnos nunca.»

Quería que él lo creyera. Yo también quería creerlo.

La mano de Lucas se movió.

Contuve un grito, un acto reflejo del cuerpo que había creado, un recuerdo de lo que el espanto provocaba en un ser vivo.

—Atento —dijo Balthazar dirigiéndose a Ranulf.

Temblorosa, posé una mano sobre el pecho de Lucas. Entonces me di cuenta de que esperaba sentir el latido de su corazón. Pero nunca volvería a latirle.

Uno de los pies de Lucas se movió levemente y su cabeza se giró unos centímetros.

—¿Lucas? —susurré. Antes de nada era preciso que se diera cuenta de que no estaba solo—. ¿Me oyes? Soy Bianca. Te espero.

Él no se movió.

—Te quiero tanto... —Me hubiera gustado poder llorar con todas mis fuerzas, pero mi cuerpo fantasmal me impedía producir lágrimas—. Por favor, vuelve a mí. Por favor.

La mano derecha cobró fuerza y los dedos se doblaron sobre la palma.

—Lucas, ¿puedes...?

—¡No! —Lucas se apartó de un salto del suelo y de mí, y se quedó a cuatro patas. Tenía la mirada perdida, estaba demasiado aturdido para poder ver de verdad—. ¡No!

Se golpeó la espalda contra la pared. Nos contemplaba a los tres muy fijamente y su mirada no delataba ni reconocimiento ni cordura. Apretó las manos contra la pared, con los dedos curvados como garras y pensé que tal vez intentaría escarbar en el muro. Tal vez fuera un instinto de los vampiros abrirse paso fuera de la tumba con las manos.

—Lucas, tranquilo. —Tendí las manos hacia él, esforzándome en mantenerme totalmente corpórea y opaca. Era mejor conservar la apariencia más familiar posible—. Estamos contigo.

—Todavía no te reconoce —dijo Balthazar—. Nos mira, pero no nos puede ver.

Ranulf añadió:

—Solo quiere sangre.

Al oír «sangre», Lucas ladeó la cabeza, como un depredador percibiendo el olor de una presa. Supe entonces que aquella era la única palabra que reconocía.

El chico al que quería había quedado reducido a un animal, a un monstruo, a la carcasa espeluznante, vacía y asesina que Lucas en otros tiempos había creído que era un vampiro.

Entonces Lucas entrecerró los ojos. Mostró los dientes y, asustada, le vi por primera vez los colmillos. Le deformaban tanto el rostro que apenas lo reconocí y fue eso, más que otra cosa, lo que me desgarró. Cambió de postura para ponerse en cuclillas, y me di cuenta de que estaba a punto de atacarnos, a cualquiera de nosotros, a todos. A cualquier cosa que se moviera. A mí.

Balthazar fue el primero en actuar. Corrió, se abalanzó sobre Lucas y chocó contra él con tanta fuerza que la pared de detrás crujió y cayó polvo de yeso del techo. Lucas se zafó, pero para entonces Ranulf ya estaba sobre él tratando de arrinconarlo.

—¿Qué estáis haciendo? —grité—. ¡Dejad de hacerle daño!

Balthazar sacudió la cabeza mientras se levantaba del suelo.

—Ahora mismo, Bianca, es lo único que conoce: la dominación.

Lucas empujó a Ranulf con tanta fuerza que este cayó sobre mí y yo tropecé con el viejo proyector. Una pieza metálica afilada se me clavó en el hombro. Sentí dolor, dolor auténtico, del que experimentaba cuando tenía un cuerpo de verdad en lugar de esa simulación espectral. Al tocármelo, noté una humedad tibia bajo los dedos y los retiré para mirarme la sangre: era un líquido plateado y extraño. Ni siquiera me había dado cuenta de que aún tenía sangre. El líquido brillaba como el mercurio, y resultaba casi iridiscente bajo la luz mortecina.

La lucha a tres bandas que se desarrollaba ante mí era cada vez más encarnizada: el pie de Balthazar contra el vientre de Lucas, el puño de Lucas en la mandíbula de Ranulf... Sin embargo, Balthazar se dio cuenta de que estaba herida y gritó:

—Bianca, aléjate. ¡Estás sangrando!

¿Qué significaba eso? Los vampiros no bebían la sangre de los espectros: no había peligro de que yo pudiera despertar en Lucas más

voracidad. En ese instante, yo no creía que él pudiera agitarse más de lo que estaba. Por joven y débil que fuera, el ansia lo movía y lo hacía más fiero. Tal vez lograra vencer a Ranulf y a Balthazar a la vez. Yo no podía soportar ver aquello, pero tampoco me creía capaz de soportar la alternativa. Mi miedo se agudizó... y se convirtió en rabia.

«Ya basta.»

Aún con la sangre en los dedos, me abrí paso hacia ellos y sacudí la mano, gritando:

—¡Parad!

Unas gotas de sangre plateada salieron despedidas por el aire mientras los tres retrocedían sobresaltados.

Balthazar, a mi lado, susurró:

—No te metas en esto.

Sin hacerle caso, me puse justo delante de Lucas. Él había retrocedido hasta la pared y miraba a su alrededor, frenético, como si no pudiera pensar en otra cosa más que en escapar, o, tal vez, en buscar una presa viva. La muerte le había endurecido las facciones, haciéndolo a la vez más bello e infinitamente más aterrador. Los únicos rasgos que seguían iguales eran sus ojos.

Por eso me centré en ellos.

—Lucas, soy yo. Soy Bianca.

No dijo nada, se limitó a mirarme, completamente inmóvil. Observé que no respiraba, la mayoría de los vampiros lo hacía por costumbre, pero en su caso parecía como si la muerte lo hubiera tomado por completo. Yo no estaba dispuesta a que eso ocurriera.

—Lucas —repetí—. Sé que me oyes. Vuelve a mí. —De nuevo deseé que pudieran brotarme lágrimas—. La muerte no ha logrado alejarme de ti. Y no lo conseguirá si tú no se lo permites.

Lucas no dijo nada, pero parte de la tensión abandonó su cuerpo y le relajó las manos y los hombros. Seguía muy nervioso, casi enloquecido, pero había recuperado un poco el control.

¿Qué podía hacer yo? ¿Había algo que pudiera decirle para llegar a él? Algo que él pudiera recordar...

Cuando Lucas se había enterado de que yo era hija de vampiros, había tenido que superar su repulsión hacia los no muertos a fin de mantener su amor por mí. Si pudiera recordar lo que había significado para él aceptarme tal como era, tal vez podría empezar a hacer frente a aquello en lo que él también se había convertido.

Con la voz entrecortada, hablé conforme las palabras me acudían a la memoria:

—Aunque seas un vampiro, no importa. Es inútil negar lo que siento por ti.

Lucas parpadeó y, por primera vez desde que había resucitado de entre los muertos, sus ojos parecieron centrar completamente la mirada. Observé que sus colmillos se habían replegado, y que en él solo quedaban la palidez sobrenatural y la belleza del vampiro. Por lo demás, su apariencia era humana. Se parecía a sí mismo.

—¿Bianca? —susurró.

—Soy yo, Lucas. Soy yo.

Lucas me apretó contra sí en un abrazo estrecho e imposible, y yo le rodeé los hombros con mis brazos. Sentí unas lágrimas calientes en mi cuello; deseé poder llorar. Nuestras piernas cedieron a la vez y nos desplomamos juntos en el suelo.

Miré por encima del hombro para pedir a Balthazar y a Ranulf que nos dejaran solos, pero ambos se dirigían ya a la puerta para salir.

En cuanto estuvimos a solas, pasé mis manos por el pelo de Lucas, le acaricié la espalda y le besé la mejilla.

—Has vuelto —dije—. Estamos juntos. Estaremos bien.

—Pensé que no volvería a verte. Creí que estabas muerta.

—Y lo estoy. Los dos lo estamos.

—Pero, entonces, ¿cómo es que esto es real?

—Me he convertido en un espectro. Ocurre que los espectros de nacimiento como yo, hijos de dos vampiros, tenemos unos poderes que otros no tienen. Si quiero, puedo tener cuerpo, por lo menos durante un tiempo. Si lo hubiera sabido antes... Si te lo hubiera podido decir... Esto nunca debería haber ocurrido.

—No digas eso —dijo él con voz ahogada.

Unimos nuestras frentes; aquel contacto debería haber resultado reconfortante, pero ambos estábamos muy fríos.

—Me pesa el cuerpo. Está mal. Está muerto. —Lucas apretaba las manos en mis hombros—. Y esta sensación de hambre que me vuelve loco. Bianca, creía haberte perdido para siempre, y aquí estás. En cambio, lo único en lo que pienso, lo único que quiero...

No pudo terminar la frase, pero no era necesario. Yo sabía que él solo quería sangre.

—Ya se te pasará. —Mis padres siempre me lo decían. ¿Acaso la mayoría de los vampiros de Medianoche no eran una buena prueba de ello?

Aunque Lucas no parecía creerme, respondió con tono diligente:

—Tendré que aguantarme.

—Eso es.

Durante unos instantes nos limitamos a abrazarnos. Las caras descoloridas de las estrellas de cine en los maltrechos carteles que nos

rodeaban parecían mirarnos. Formaban un público de ojos sinietros y sin alma. Me apoyé en el hombro de Lucas e intenté percibir el olor de su piel, que tan familiar me resultaba, pero había desaparecido. O él había perdido su olor al morir, o yo carecía de mi anterior sentido del olfato, o ambas cosas. ¡Cuántas cosas habíamos perdido!

«Pero nos tenemos el uno al otro —me dije—. Hemos de recordar eso.»

Primero debía sacarlo del lugar donde había sido asesinado. Necesitábamos ir a un sitio mejor, más familiar. A casa de Vic, decidí. Nos habíamos ocultado allí durante más o menos un mes en verano, mientras la familia de Vic pasaba las vacaciones en Italia. Nuestro pequeño apartamento provisional en la bodega no sería muy reconfortante, pues yo había muerto allí el día anterior, pero tal vez pudiéramos quedarnos hasta decidir qué hacer.

—Vamos. —Lo tomé de la mano. La pulsera de coral que me había regalado por mi último cumpleaños tintineó en mi muñeca—. Nos esperan fuera.

—¿Quién nos espera?

Lucas parecía incapaz de concentrarse; era como si estuviera atendiendo a alguien al teléfono mientras intentaba hablar conmigo a la vez. No era por grosería. Simplemente no podía evitarlo, y eso era lo peor.

—Balthazar... Y Vic, y Ranulf también. Regresaron de Italia en cuanto les enviaste un e-mail. ¿Te acuerdas?

Lucas asintió. Me apretó la mano con tanta fuerza que casi me dolió. Al parecer era incapaz de medir la fuerza que tenía ahora, y eso a pesar de que cuando fue mordido esta ya le había aumentado. No

paraba de mover las mandíbulas, como si practicara para morder una y otra vez.

Si él necesitaba que yo mantuviera la calma, lo haría. A fin de cuentas, me dije, yo sabía mejor qué era estar muerta porque contaba ya con un día entero de práctica. Me había llevado unas cuantas horas acostumbrarme a no ser corpórea. No era raro, por lo tanto, que a él le costara un poco asumir que se había convertido en vampiro.

Nos marchamos de la sala de proyección y nos dirigimos hacia la entrada del cine abandonado. La escena en el vestíbulo no resultaba agradable: había vampiros decapitados por el suelo, y procuré no mirar ninguna cabeza. El corazón de los vampiros no bombeaba sangre, de modo que no sangraban mucho después de morir, pero observé que Lucas miraba con avidez las pocas gotas que había en el suelo.

—Sé que tienes hambre —dije en un intento por consolarlo.

—No lo sabes. Es imposible. No hay nada como eso.

Lucas torció el gesto dejando ver sus colmillos. La mera visión de la sangre se los había hecho salir de nuevo. Cuando vivía y era en parte vampiro, yo había sufrido esa desesperada avidez de sangre, pero supuse que Lucas estaba en lo cierto: la voracidad que él ahora experimentaba distaba mucho de la que yo había conocido jamás.

Al salir a la calle vimos a Balthazar solo, apoyado en su coche, en un aparcamiento por lo demás vacío. Su sombra, amplia y alargada, se extendía bajo la luz de una farola cercana. Balthazar se dirigió primero a mí:

—Vic seguía rondando por aquí. El único modo de conseguir que se marchara ha sido que Ranulf lo acompañara.

—Vale —dije acercándome a él—. Vámonos de aquí. No quiero volver a ver este sitio nunca más.

Balthazar no se movió; él y Lucas se quedaron mirándose el uno al otro. Durante años se habían despreciado mutuamente y solo tras mi muerte habían sido capaces de actuar juntos. Sin embargo, en ese momento vi que entre ellos reinaba una comprensión total.

—Perdona. —Lucas tenía la voz ronca—. Algunas cosas que te dije... eso de elegir, de ser un vampiro y eso. Bueno, ahora lo entiendo.

—Ojalá no hubieras tenido que pasar por esto. Ojalá nunca hubieras tenido que entenderlo.

Balthazar cerró los ojos por un instante, tal vez recordando su propia transformación siglos atrás.

—Vamos. Te daremos algo de beber.

De pronto me di cuenta de que Lucas y Balthazar ahora se entendían a un nivel que yo nunca llegaría a comprender por completo. Por algún motivo, me pareció una pérdida. O tal vez, en ese momento, sentía a Lucas tan lejos de mí que todo parecía una pérdida.

Balthazar nos condujo de nuevo al bonito barrio de Filadelfia donde vivía Vic. Lucas y yo nos sentamos juntos en el asiento trasero; él me sujetaba la mano con fuerza y tenía la mirada distante, perdida más allá del parabrisas. De vez en cuando fruncía el entrecejo y cerraba los ojos como si padeciera migraña; nervioso, apretaba los pies contra los bajos del coche, como si retrocediera o intentara abrirse paso. Él no quería estar allí, contenido. Todo cuanto lo rodeaba en ese momento no era más que un obstáculo que se interponía entre él y la sangre que necesitaba. Yo sabía que era mejor no intentar hacerle hablar. En cuanto bebiera un poco se sentiría bien. Tenía que ser así.

Balthazar rompió aquel silencio espantoso poniendo la radio; se oía jazz clásico, el tipo de música que a mi padre le gustaba escuchar

en casa. Y mientras Billie Holiday cantaba sobre nimiedades, me pregunté qué dirían mis padres en ese momento y si nos podrían dar algún consejo. Nos habíamos separado de mala manera antes de escaparme con Lucas a principios de verano; y ahora los echaba tanto de menos que me dolía. ¿Qué pensarían de todo lo ocurrido en los últimos días?

Miré a Lucas, la placidez blanquecina y fría de su piel, el modo en que la muerte le había iluminado los ojos y había esculpido sus pómulos, y me dije con tono sombrío que ellos siempre habían querido que saliera con un buen vampiro.

El coche tomó la calle donde vivía Vic, una zona exclusiva con amplios jardines que separaban residencias palaciegas. Como las demás casas, tenía un garaje para cuatro coches y pocas veces habíamos visto automóviles en la calle; sin embargo en ese momento había tres vehículos aparcados justo delante de la casa de Vic. No eran tampoco los habituales Mercedes o Jaguar de la zona: eran camionetas magulladas y coches familiares. Algo empezaba a resultarme familiar.

Entonces vi que en la calle y en el jardín de Vic había apostadas aproximadamente una docena de personas. Distinguí una estaca en la mano de un hombre y me di cuenta de que al menos algunos de ellos iban armados.

—¿Es la tribu de Charity? —preguntó Balthazar—. ¿Aún sigue acosando a Lucas?

Me acordé de los e-mails que Lucas había enviado justo antes de mi muerte, cuando estaba tan desesperado que había pedido ayuda a cualquier persona, incluso a gente de la que solo cabía esperar que se volviera en nuestra contra. Sus mensajes habían recibido respuesta.

—No es Charity —susurré—. Es la Cruz Negra.

Capítulo dos

—La Cruz Negra —repitió Balthazar.
De no haber estado presente cuando la Cruz Negra capturó y torturó a Balthazar, habría creído que este reaccionaba con mucha calma ante la aparición de una banda de cazadores de vampiros. Pero en su mirada advertí miedo y rabia.

—Tenemos que largarnos —sentenció mientras apretaba con fuerza los dedos contra el volante.

—¡Pero no podemos dejar a Vic y a Ranulf! —protesté.

Entonces Lucas se inclinó hacia delante y susurró:

—¿Mamá?

Yo también la vi. Ahí estaba Kate, comandante de la Cruz Negra y madre de Lucas. Su pelo de color castaño dorado, tan parecido al de su hijo, brillaba bajo la luz de las farolas; las sombras le marcaban los músculos firmes de los brazos y la estaca que llevaba pendida en el cinturón. Cuando la Cruz Negra había tenido conocimiento de mi auténtica naturaleza y nos había expulsado del comando, a ella la habían dejado al margen. Siempre pensé que lo habían hecho a causa del vehemente amor que Kate sentía por su hijo, un afecto que a me-

nudo se mantenía oculto bajo la disciplina y el deber pero que era innegable. ¿Sería ahora lo bastante firme?

—Tranquilo —le dije a Balthazar—. Se ha traído a algunos amigos para ayudar a Lucas, no para cazar. ¿Lo ves?

Le señalé con el dedo a un cazador de la Cruz Negra que se encontraba ante la puerta principal, haciendo, al parecer, muchas preguntas a Vic, que se esforzaba en vano por aparentar calma.

—Esos «amigos» son algunos de los cazadores que me capturaron y que te descubrieron a ti, Bianca —contestó Balthazar—. Puede que hayan venido a ayudar, pero en cuanto nos vean estaremos perdidos.

—Necesito hablar con ella —dijo Lucas—. Si vosotros os queréis marchar, hacedlo.

Yo no temía por mí; los cazadores sabían muy poco de espectros y eran incapaces de lastimarme. Pero eso no significaba que no tuviera miedo.

—¿Crees que Kate puede protegerte de ellos? ¿Qué hay de Balthazar?

—Ella parará si se lo pido —insistió Lucas.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Balthazar. Apretó con algo más de fuerza el volante—. ¿Quién te detendrá a ti?

Lucas lo miró.

—No pienso atacar a mi propia madre.

—Eso es lo que piensas ahora. Espera a salir de aquí y oler sangre fresca. Notarás sus latidos, y te atraerán hacia ellos como si fueras un imán. —Balthazar sabía muy bien de lo que hablaba; su primer acto tras convertirse en vampiro había sido asesinar a su propia hermana. Por otra parte, los cazadores habían reparado en nuestro

coche, y se acercaban. Balthazar añadió—: Si queremos irnos, tenemos que hacerlo ahora.

—No nos vamos a ir. —Lucas tenía la mandíbula relajada y la mirada resuelta—. Puedo controlarme. Tengo que hacerlo. Vamos..., es mi madre.

Cuando Lucas se deslizaba por el asiento trasero para salir, Balthazar me miró fijamente por el retrovisor, como si de pronto fuera a ponerme de su parte en contra de Lucas y pensara marcharme. Si Lucas confiaba en sí mismo, yo tenía que confiar en él. Salí detrás de él. Balthazar podía salir del coche y ayudarnos o no. A mí me daba igual.

—¿Lucas? —dijo Kate.

Ella corrió hacia él, con una sonrisa que le iluminó el rostro durante el breve tiempo que transcurrió antes de verme a mí. De lejos noté que los cazadores se dirigían hacia nosotros, alejándose de la casa de Vic, que se desplomó, aliviado, contra el marco de la puerta.

—Mamá.

Lucas se quedó quieto, como paralizado. Sus facciones se tensaron, y observé que clavaba la vista en el cuello de ella. Lo que Balthazar había dicho era cierto. Lucas percibía sus latidos, notaba su sangre.

Kate arrugó la frente cuando se nos acercó.

—Se suponía que estabas enferma —dijo. La desconfianza y el desprecio acompañaban cada palabra—. Tan enferma que apenas te podías mover.

—Lo estaba —dije—. Pero... ya no.

Lo cierto es que tampoco podía afirmar que había mejorado.

—Entonces, ya no hay motivo para que Lucas siga por aquí.
—Kate tendió la mano a su hijo—. Puedes volver. Tranquilo. No ne-

cesitamos a quienes te podrían guardar rencor por todo. Basta con que reconozcas que cometiste un error.

Lucas no la cogió de la mano.

—Yo no he cometido ningún error. —Tenía la voz ahogada, y sus palabras sonaron forzadas. Los ojos le brillaban con intensidad bajo la luz mortecina, y percibí la locura asesina en la que estaba sumido. Con todo, no perdió la cabeza—. Quiero a Bianca. Tomé una decisión. Sin embargo... me alegro de que hayas venido.

Me llamó la atención un movimiento a lo lejos. Me sorprendí al reconocer a dos miembros de aquel pequeño grupo, que se encontraban apostados en el rincón más alejado del jardín de Vic: una mujer robusta y de piel oscura con el pelo peinado en trenzas gruesas, y otra de piel dorada y cabello rasurado: eran Dana y Raquel. Dana había sido la mejor amiga de Lucas desde que eran pequeños, y, cuando salió a la luz mi auténtica naturaleza, fue la que nos ayudó a huir. Raquel había sido mi mejor amiga y mi compañera de habitación en la Academia Medianoche durante el tercer año, y llevaba siendo víctima de un tremendo acoso por parte de un espectro desde la infancia. Ella había huido con Lucas y conmigo y se nos había unido cuando entramos a formar parte de la Cruz Negra.

Además, Raquel era quien me había entregado a la Cruz Negra cuando descubrió que yo era hija de vampiros.

Dana y ella se querían. Me pregunté si Raquel habría adoptado ahora el modo de pensar de su novia y nos brindaría su apoyo. ¿O tal vez Dana iba a tomar partido por Raquel y dejaría de lado al viejo amigo que la había abandonado?

Desvié la atención de ellas y me centré por completo en Lucas. Kate se encontraba a apenas unos pasos de él. Aunque irradiaba re-

probación, yo sabía que solo me despreciaba a mí, porque a su hijo le dirigió una sonrisa insegura.

—Lucas, piénsalo —le dijo—. No solo somos tu comando. También somos tu familia. Porque ser familia no es únicamente un vínculo de sangre: también es lo que compartes, aquello en lo que crees.

Lucas se estremeció cuando ella dijo «sangre», pero Kate no pareció darse cuenta. Estaba demasiado enfadada conmigo, y demasiado preocupada por él.

—Seguro que al principio Bianca no te dijo lo que era —añadió Kate—. Te mintió.

Aunque Lucas y yo ya habíamos superado el hecho de habernos guardado tantos secretos al comienzo, el recuerdo de nuestros antiguos errores resultó doloroso.

Kate prosiguió:

—¿Vas a olvidarte de tu deber, de lo que has aprendido, y arrojar por la borda toda tu vida por una chica que te ha mentado? Te creía más listo.

Él había arrojado su vida por la borda, y había muerto en un intento de vengarme. El recuerdo de lo que había perdido por estar junto a mí me hizo sentir muy avergonzada. Lucas no se dio cuenta: temblaba tratando de contenerse. Sus ansias de sangre se habían vuelto tan intensas que temí que fuera a venirse abajo.

—Tengo que hablar contigo. —Lucas lo dijo con la voz rota por el esfuerzo—. Por favor, mamá. ¿Podríamos hablar un momento los dos? Tengo muchas cosas que contarte. Hay muchas cosas que necesito que entiendas.

La preocupación hizo que Kate abandonara sus intentos de convertirlo y empezara a escuchar.

—Lucas, ¿estás bien? Se te ve pálido, y es evidente que has estado luchando...

—Estoy... —Se le quebró la voz antes de poder decir «bien»—. Tenemos que hablar. Eso es. Necesito que no me falles en esto. —Clavó la mirada en la mujer—. De verdad que lo necesito.

La expresión de Kate se suavizó. La madre había vencido a la combatiente.

—Está bien.

Dio un paso más hacia él y alzó los brazos. Lucas se quedó un momento paralizado antes de abrazarla con fuerza. Observé su mueca al aspirar el olor de su sangre, pero logró contenerse.

«Lo ha conseguido —pensé encantada—. Lucas es capaz de controlar la sed de sangre.»

Entonces los brazos de Kate se tensaron y abrió los ojos con sorpresa. Se acababa de dar cuenta de que la sangre que manchaba la camiseta de su hijo era la de él, y le había visto la herida en el cuello. Una herida causada sin duda por el mordisco de un vampiro.

Si yo había notado lo frío que estaba Lucas al tacto, su madre también tenía que haberlo sentido.

Kate se apartó de golpe de él, de modo que Lucas dio un traspié hacia atrás, confuso. Ella sacó la estaca.

—¿Qué te ha hecho Bianca?

Lucas dio un paso hacia ella, con mirada suplicante.

—No ha sido Bianca. Mamá, escucha.

—Pide a los demás que se marchen —dije. Tal vez Kate lograra aceptar a su hijo como aquello en lo que se había convertido, pero no quería arriesgarme con los demás cazadores de la Cruz Negra—. Deja que Lucas se explique.

—Te han asesinado. —La voz de Kate era casi un sollozo—. Eres un vampiro.

Entonces se oyó una salva de gritos ahogados e imprecaciones en voz baja entre los demás cazadores. Dana hundió por un instante su rostro en el brazo de Raquel. Yo volví la vista atrás, hacia Balthazar, que seguía al volante, con el motor en marcha.

Lucas tenía la mirada clavada en su madre.

—Sí, lo soy. No es como dicen, mamá. Soy distinto, pero sigo siendo yo. Por lo menos, creo que sigo siendo yo. Es algo... raro, y me asusta, y necesito encontrar la manera de volver a ser la persona que era. Por favor, ayúdame a conseguirlo.

Kate se enderezó. No había apartado la vista de él, y su mirada era fría y dura como el acero.

—Tú eres la carcasa de lo que en otro tiempo fue mi hijo. Yo lo quería mucho más de lo que un monstruo como tú puede entender.

—No, mamá, no —susurró Lucas.

Ella siguió como si no lo hubiera oído.

—Puedes mofarte de mí con su voz y su cara en la medida en que yo te lo permita. —Aunque le temblaba la voz, Kate alzó la estaca con gesto decidido—. Lo único que puedo hacer ahora por Lucas es darle un entierro digno. Y eso significa acabar contigo.

—¡Lucas!

Lo tomé del brazo para arrastrarlo hacia el coche, pero él se zafó, como incapaz de creer que su propia madre pudiera hacerle algo así. A continuación, ella se abalanzó sobre él con tal rapidez que él dio un traspié al esquivar el golpe.

La mayoría de los cazadores echaron a correr hacia nosotros. Rannulf salió disparado por la puerta de la casa de Vic, con el hacha en

la mano, y entró en la refriega con valentía, a pesar de que las posibilidades de ser estacado y decapitado eran muy elevadas. Pero nada de todo eso me inquietaba más que lo que le ocurría a Lucas.

¡Pam! Kate le asestó con el puño en la mandíbula y le dejó aturdido.

¡Pam! Lucas detuvo uno de sus golpes, entrecerró los ojos y apretó con fuerza los dientes.

¡Pam! Esta vez fue él quien la golpeó a ella. Se le alargaron los colmillos. Entonces me di cuenta de que la amenaza lo había descontrolado. Lucas, ahora era presa de la voracidad de la sangre. Peleaba para matar.

Abrí el cierre de mi pulsera de coral, la que Lucas me había regalado por mi cumpleaños y que también me ataba a la forma corpórea. En cuanto cayó en el jardín de Vic, me volví leve e insustancial.

Uno de los cazadores se me acercó blandiendo una estaca. Yo me limité a evaporarme y su mano me traspasó provocándome una sensación extraña, una especie de rampa en el estómago. El cazador profirió un grito, lo cual en otras circunstancias habría resultado realmente cómico.

Suspendida por encima de la refriega, intenté sopesar la situación. Ranulf mantenía a raya a los tres cazadores más próximos a la casa de Vic con una sola mano. Vic había salido corriendo al jardín, no para luchar sino para, al parecer, gritarle algo a Raquel, que cuando menos se mantenía ajena al combate. Dana también permanecía al margen, junto a Raquel, quizá para protegerla o porque no era capaz de atacar a su mejor amigo aunque este se hubiera convertido en vampiro. Lucas y su madre estaban en el centro de todo, totalmente absortos en la pelea. Él respondía a todos los puñetazos de ella e in-

tentaba arañarla en cada oportunidad mientras repelía a los dos cazadores que trataban de acudir en auxilio de su madre. Supe que si él conseguía aventajarla, la mataría. Si lo hacía, si él se bebía la sangre de su propia madre, Lucas no podría perdonárselo en su vida.

Al principio parecía como si Balthazar se limitase a mirar desde el coche, y eso me enfureció. Luego el motor aumentó las revoluciones y, con un chirrido de los neumáticos, Balthazar metió el coche directamente en el jardín de Vic, logrando así que los cazadores se separaran. No atropelló a nadie, pero no fue por falta de intención.

Yo quería proteger a quien pudiera. Me apresuré a adoptar una forma física en el suelo, justo al lado de Raquel, Dana y Vic. Aunque yo tenía una forma medio transparente, ellos podían verme.

—Pero ¿qué diablos...? —gritó Dana arrojándose en brazos de Raquel como si yo fuera a hacerle daño.

—Marchaos de aquí —dije—. Dana, llévate a Raquel e intenta que los demás os sigan. ¡Por favor!

—Hazlo. —Vic se cruzó de brazos—. No sabéis la de virguerías espectrales que es capaz de hacer. Créeme, la he visto en acción. No querréis estar cerca.

—¿Eres un fantasma? —susurró Raquel. Palideció—. Bianca, ¿has muerto?

—Nos vamos. —Dana arrastró a Raquel hacia una de las camionetas.

Raquel posó los ojos en mí durante un instante de tortura antes de volverse...

—Hummm... ¿Bianca?

Vic intentó darme una palmadita en el hombro, pero su mano lo atravesó.

—Uau. Vale, mira, no vendría nada mal que hicieras alguna de esas virguerías tuyas.

Un par de cazadores se aproximaban rápidamente hacia nosotros, pero Balthazar los interceptó y los derribó a ambos con los brazos extendidos. Ranulf seguía en pie, pero yo no estaba segura de cuánto tiempo podría resistir. Y había ya dos cazadores aturdidos en el suelo, cerca de Lucas, que seguía luchando contra su madre en un combate a ciegas.

Sabía que poseía poderes espectrales que eran útiles en combate, pero solo los había probado con vampiros. ¿Aquello podría matar a un humano? Yo no estaba dispuesta a comprobarlo, aunque los humanos en cuestión parecieran más que dispuestos a matarme a mí.

—No necesitamos poderes —dije rápidamente—. Necesitamos a la policía.

—¿La policía?

—Vic, llama al servicio de emergencias. Diles que... bueno, que se ha producido un allanamiento de morada, o un intento de robo. ¡Cualquier cosa! —La Cruz Negra intentaba evitar cualquier altercado con la ley para mantenerse fuera de su foco de atención—. En cuanto oigan las sirenas se marcharán.

Vic se dirigió a toda prisa hacia su casa para coger el móvil. Yo corrí hacia Lucas sin saber muy bien qué hacer pero con la intención desesperada de evitar que acabara siendo asesinado o de que matara a su madre.

Por la mirada salvaje de Lucas, supe que estaba totalmente descontrolado, así que grité:

—¡Kate, no! ¡Tú no quieres hacer esto!

—Déjame proporcionarle paz a mi hijo.

No había dejado de dar vueltas en torno a Lucas; tenía un ojo amoratado debido a uno de los puñetazos que él le había propinado. Lucas jamás le habría hecho algo así a su madre de haber tenido un mínimo control sobre sí mismo.

Me interpose entre ellos. De todos modos ella no podía hacerme nada, pues yo ya estaba muerta.

—No puedes matarlo. ¡No es eso lo que quieres!

Pero ella dirigió su mirada más allá de mí y la centró en la silueta nebulosa de su hijo situada detrás de mi forma transparente.

—Lo puedo hacer y lo pienso hacer.

Mi desesperación iba en aumento. Miré a Kate y le rogué con toda el alma que se detuviera e intentara ver que su hijo seguía estando con ella, que lo viera con mis ojos, y llegó un momento en que me pareció que mi desesperación se había convertido en una espada capaz de atravesarla.

Entonces me sentí poseída por una extraña atracción que me arrastró hacia Kate en un abrir y cerrar de ojos. Antes de que me diera cuenta de lo que ocurría, me sentí arrojada a su interior, absorbida por ella. Todo se oscureció durante un instante y luego, cuando recuperé la visión, descubrí que miraba con los ojos de Kate. Notaba su cuerpo a mi alrededor, como una armadura cálida, con aliento y con pulso.

Kate dejó caer la estaca y trastabilló hacia atrás. Lo único en lo que yo podía pensar era: «Acabo de poseer a una persona. He poseído a Kate. ¿Cómo lo he hecho?». La intensa fuerza de mi desesperación había actuado como una especie de ariete y había forzado la entrada en su interior. ¿Todos los espectros podían hacer cosas así? No tenía ni idea. Lo importante era lograr poner fin a aquella lucha.

Lucas me atacó y yo, aunque con torpeza, lo esquivé; porque controlar el cuerpo de Kate se me hacía raro y no estaba acostumbrada. Era algo parecido a la primera clase para aprender a conducir. Grité:

—¡Gente! ¡Nos vamos!

Resultaba extraño hablar con la voz de Kate, pero no dejé de dar órdenes:

—¡Nos vamos ahora mismo!

Entonces sentí una sensación más extraña todavía: el espíritu de Kate luchando contra mí, intentando expulsarme. ¿Podía hacerlo? Decidí permitírselo, en caso de que eso fuera posible.

Al instante me sentí dispersa e invisible, flotando hacia lo alto en una neblina de ensueño. Pero mi ensimismamiento se vio interrumpido cuando oí decir a Kate con voz temblorosa:

—Tenemos que marcharnos.

Los cazadores corrieron a sus camionetas y furgones, respondiendo tanto a la primera como a la última orden. Lucas corrió tras ella, pero Balthazar lo empujó a un lado y lo derribó, reteniéndolo.

Cuando las luces traseras de los vehículos desaparecieron por la calzada, Vic salió corriendo de su casa con las manos hundidas en su pelo rojizo, como si intentara sostenerse la cabeza.

—¡¿Qué?! ¿Acabo de llamar a la policía para nada?

—Primero alégrate de que la Cruz Negra ya se haya marchado —señaló Ranulf, sacudiéndose el polvo, tan tranquilo como siempre.

—Bueno, la policía viene de camino. Así que tal vez deberíamos sacar el coche del jardín. —Vic miró los surcos profundos de los neumáticos en el césped y gimió—: No habrá palabras para describir el castigo que me va a caer. Tendrán que inventarse palabras nuevas.

Me reuní con los chicos.

—Pero Ranulf tiene razón. Podría haber sido mucho peor.

Lucas se volvió hacia Vic. Tenía la mirada vacía e inexpresiva, y los colmillos alargados. Horrorizada, caí en la cuenta de que Lucas todavía no había bebido sangre, y que aún era presa de la rabia asesina que le había provocado el combate.

Entonces se abalanzó sobre Vic. Ranulf logró apartar a Vic con un golpe, pero Lucas lo atacó con toda su fuerza, dispuesto a destruir a Ranulf si con ello lograba acercarse al humano, a la fuente de sangre fresca.

Vic se quedó estupefacto.

—¡Dios mío! —dijo paralizado por el espanto en lugar de salir corriendo para salvar su vida—. ¡Esto no puede estar ocurriendo!

—¡Vic, corre! —dijo Balthazar, apartando a Lucas de Ranulf.

Vic dio unos pasos vacilantes, luego aceptó lo que ocurría y corrió pasmado hacia la puerta de su casa. Lucas daba codazos para librarse de Balthazar, pero este logró retenerlo, aunque no sin dificultad. Le dijo a Ranulf:

—Llévalo a la bodega. Que se quede allí hasta que le consigamos sangre. En cuanto saque el coche, iré a ayudarte.

—¿Lucas? —supliqué—. Lucas, ¿me oyes?

Era como si yo no existiera. Lucas solo quería sangre, y no le importaba si para conseguirla tenía que matar a Vic.

Ranulf se llevó a rastras a Lucas, que se debatió durante todo el camino. Lo único que pude hacer fue abrirles la puerta de la bodega. A lo lejos, las sirenas sonaban cada vez más cerca.

—¡Suéltame! —rugía Lucas arañando con fiereza a Ranulf en el costado. Ranulf se estremecía de dolor, pero no lo soltó—. ¡Que me sueltes!

—Tienes que calmarte —dije—. Te lo ruego, Lucas, vuelve en ti.

—No puede... oírte —intentó decirme Ranulf mientras forcejeaba con él para llevarlo a un rincón—. Recuerdo esa locura.

Lucas aulló con un sonido aterrador. Tenía todos los músculos del cuerpo tensos en su desesperación por escapar, matar y beber sangre. Ranulf podía sostenerlo porque lo superaba en edad y fuerza, pero después del combate seguramente estaba bastante agotado. Contemplar a Lucas así, reducido a una sombra demencial de sí mismo, y precisamente en el pequeño apartamento improvisado en el que nos habíamos querido tanto, casi acaba conmigo.

Las sirenas eran cada vez más intensas. Lucas bramó de nuevo y golpeó a Ranulf contra la pared con tanta fuerza que las botellas de vino repiquetearon y Ranulf se soltó. Entonces Lucas corrió hacia la puerta. Yo me disponía a salir tras él cuando Balthazar llegó.

«Gracias a Dios —me dije—. Balthazar sabrá detenerlo. ¡Yo sé que puede!»

Entonces proferí un grito de horror cuando Balthazar blandió una estaca y la hundió con fuerza en el pecho de Lucas de forma que quedó profundamente clavada.